

LA FE EN LA MIRADA

Es un signo de distinción, que agradezco cordialmente, el haber sido invitado a pronunciar el Pregón de la Semana Santa. Prediqué también, según es costumbre, el Sermón de las Siete Palabras en 2011, el año siguiente del comienzo de mi ministerio episcopal aquí. Sentí que no tuviera lugar en la Plaza Mayor, como desde el año 1943, siendo Arzobispo de Valladolid Mons. Antonio García y García, es el ámbito preferido, si el tiempo no lo impide. Precisamente el 6 de febrero tuvo lugar la inhumación de los restos mortales de D. Antonio en la Basílica-Santuario del Sagrado Corazón. En su testamento había expresado el deseo de ser enterrado en el convento de las Carmelitas Descalzas de Tordesillas, que él erigió el año 1945 en el lugar que había ocupado la comunidad de las Comendadoras de San Juan de Jerusalén. Convencidos de interpretar su voluntad, hemos depositado sus restos en la iglesia cuya restauración él había terminado y dedicado solemnemente el 15 de junio del año 1941, como Santuario Nacional de la Gran Promesa, en una celebración con rasgos especiales deseados por él que nosotros hemos evocado el día 6 de febrero como signo de memoria y gratitud.

Un pregón es en primer lugar como un toque de trompeta, un aldabonazo, una vigorosa llamada de atención para alertar ante un acontecimiento que es inminente. El pregón pondera la importancia de los hechos que están a las puertas, a los cuales se convoca para que no pasen inadvertidos, pues su trascendencia afecta a todos. El pregón anuncia la Semana Santa, que constituye el centro y culmen del año litúrgico, y en nuestra ciudad es el foco principal de atracción de Valladolid desde hace muchos decenios. Nosotros nos sentimos dignificados con este legado que hemos recibido, lo celebramos gozosamente, en él vamos introduciendo a las nuevas generaciones y abrimos nuestras puertas a los numerosos visitantes que desean compartir con nosotros la excelencia de estos días de fiesta y la apacibilidad de la convivencia vallisoletana. Cada año se renueva la tradición y la solera de las celebraciones se enriquece. El paso del tiempo no es mero discurrir cronológico sino acrecentamiento de nuestra vida personal y colectiva. Una de las señales relevantes de nuestra identidad como ciudad es precisamente la Semana Santa. Pues bien, a participar en este acontecimiento invito a todos.

1.- Un acontecimiento espiritual y cultural de primera categoría

a)La celebración de la Semana Santa en Valladolid, preciosa culturalmente y cristianamente intensa, se desarrolla en las iglesias y también en las calles y las plazas de la ciudad. Como en todas las Iglesias extendidas por el mundo, nosotros celebramos los misterios del Señor en los templos, con la conciencia de que son los días en los que el Año litúrgico alcanza su cumbre: Domingo de Ramos, Cena de Jesús antes de padecer, Pasión y Muerte del Señor, Vigilia Pascual y Resurrección. Además, en nuestra ciudad la celebración desborda los templos y tiene manifestaciones excelentes, que no sólo expresan la fe y la piedad cristianas, sino que son merecidamente atractivo religioso y cultural de primer orden. La celebración litúrgica y las manifestaciones de la piedad popular son compatibles y complementarias, si cada dimensión mantiene su especificidad. Tanto la piedad litúrgica como la piedad popular brotan del Evangelio recibido en la Iglesia y ambas son expresión de fe y fuerza evangelizadora. Lo que era visible e histórico en Jesucristo ha pasado a los misterios de la Iglesia; y las escenas de la narración evangélica, sobre todo las de la pasión y muerte del Señor, se plasman en los “pasos” y proporcionan el contenido a las cofradías. En las manifestaciones arraigadas tradicionalmente ha hallado cauce la fe y la piedad de los cristianos y al mismo tiempo la ideosincrasia del pueblo. Se han dado cita en sintonía fecunda, para crear obras artísticas – escultura, pintura, literatura, música- lugares de peregrinación, romerías, procesiones,... Entre nosotros muchas expresiones son realmente magníficas. Somos herederos de una historia

brillante que recibimos con gratitud, cultivamos con sano orgullo y deseamos transmitir a las generaciones que van llegando con la convicción de que les entregamos un precioso legado.

Para la distinción precisa entre celebración litúrgica y ejercicios de piedad popular, y al mismo tiempo para mostrar cómo se pueden armonizar liturgia y piedad en la Semana Santa, remito al estudio serio, bien fundado y pastoralmente orientador de D. Aurelio García Macías, Rector del Seminario de Valladolid y Profesor de Liturgia, *Armonización entre la Liturgia y la Piedad popular*. Es necesario distinguir entre “Anámnesis” y “Mímesis” del misterio cristiano, según sus palabras. La anámnesis es actualización del misterio pascual de Jesucristo en la memoria litúrgica por el poder del Espíritu Santo. La “anámnesis” es memorial de orden sacramental que tiene su centro en la muerte y resurrección del Señor. La piedad popular es “mímesis”, es decir, imitación o representación de la historia de Jesús; “el mensaje cristiano, por una parte, asimila los modos de expresión de la cultura del pueblo y, por otra, infunde los contenidos evangélicos en la concepción de dicho pueblo” (*Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*, Madrid 2002, n. 63). El Viernes Santo, que es uno de los días del año litúrgico con más numerosas y bellas manifestaciones de la piedad popular, es muy sobrio desde el punto de vista litúrgico pero con hondo vigor expresivo. Tanto las celebraciones litúrgicas como las manifestaciones de la piedad popular requieren de los fieles una participación creyente interior y exterior.

Gregorio Fernández, Alonso Berruguete y otros imagineros esculpieron rezando. Si inspiran hoy a quienes contemplan sus obras, es porque recibieron la luz de Dios y el aliento de su Espíritu. No son únicamente obras geniales, son también elocuentes monumentos de fe. Yo he oído personalmente a un sacerdote de la Diócesis de San Sebastián, llamado Joseba Beobide, cómo su padre, el escultor del Cristo crucificado que está en el presbiterio de la basílica del Valle de los Caídos, esculpía el rostro de Jesús orando. En la oración se ponía a disposición de Dios. Probablemente todos tenemos la experiencia de cómo conmueven religiosamente las obras que están impregnadas por la piedad.

Belleza y piedad se aúnan amigable y elocuentemente en las obras de nuestros imagineros. La belleza es también impulso hacia Dios, el Inefable e Invisible; como igualmente acerca a Dios, el Compasivo y Misericordioso, la descripción respetuosa y amable de la situación de hombres y mujeres en postración y sufrimiento. Ante el llanto de un niño el mismo Papa se queda sin palabras hasta que las lágrimas purifiquen sus ojos y su corazón y pueda hablar con ternura humana y cristiana. La belleza, el realismo de nuestros hombres y mujeres y la piedad cristiana se hermanan en nuestras imágenes, que cuando se mueven en la procesión con su ritmo lento y doliente y con la música profunda y grave son como un aldabonazo a nuestro espíritu. Cada pueblo se expresa según su sensibilidad; el alma castellana impulsa sobriamente los pasos, la música y el ritmo procesional.

Las imágenes son transmisoras de mensaje y enseñanza; ejercen la función de evocación en el sentido de traer algo a la memoria. Son “lugares de memoria” (P. Nora) y símbolos donde se refleja la vida.

b) “En el espectador sencillo de la Pasión del Señor es muy difícil separar la complacencia estética de la emoción religiosa y del dolor humano. El pueblo no comprende el arte si éste no promueve en él una remoción de sentimientos”. “El hondo concepto religioso del castellano le impide exteriorizar sus sentimientos. De aquí que la característica de la Semana Santa de Castilla sea el recogimiento”. <<En Castilla, la procesión “va” por dentro. Es una manera diferente de acusar el impacto>>. “Se ha dicho que Castilla es lacónica y sobria. La belleza y personalidad de su Semana Santa ha de buscarse, pues, en su sobriedad y su laconismo”. << en Andalucía no es posible acallar del todo la vitalidad popular, que precisa

explayarse siquiera por la válvula de la “saeta”>>. En la Semana Santa se expresa auténtica y legítimamente la personalidad de cada pueblo. Por eso, con la expresividad y el recato al ser genuinos ejercen un atractivo poderoso la Semana Santa de Valladolid y la de Sevilla (Cf. Miguel Delibes, *De Valladolid. Antología de textos sobre Valladolid y sus gentes*, Barcelona 2009, pp. 38-40).

En una procesión se participa caminando o mirando desde las plazas y aceras no como quien asiste a un espectáculo de obras artísticas de antología. Hay una conmoción profundamente humana que invita a la persona hacia la trascendencia.

En la Semana Santa, mirando atentamente a los pasos y las imágenes, somos invitados a rezar de una manera especial. Se ora en silencio y reflexión, se ora con plegarias aprendidas y espontáneas, se ora también mirando con fe y poniendo los ojos en la representación de Jesucristo que pasa a nuestro lado o de la Virgen atravesado su corazón por el dolor del Hijo muerto, en la soledad y la angustia. El escultor, que rezaba mientras gubia en mano buscaba esculpir los ojos del Señor interiormente dibujados, nos ayuda a nosotros a levantar el espíritu y a rezar. Las últimas palabras aluden a la canción 12 del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz, que dice bellamente:

“Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados”

En la Declaración explica el santo místico el sentido de las expresiones “dibujo de fe” y “dibujo de amor”, que cantan la anticipación de la salvación y el anhelo de la plenitud.

Tengo en mi registro personal algunos rostros de orantes que me han impresionado. Recuerdo a un anciano con barba blanca arrodillado y reposando sobre los talones, con las manos abiertas y los ojos cerrados, al borde del camino que une las grandiosas ruinas de Karnak y Luxor, en el Alto Egipto, la antigua Tebas. Era un icono de la concentración de la persona en la oración.

Otra imagen orante, que se me quedó grabada como uno de los momentos estelares del Año Jubilar del 2000: EL Papa Juan Pablo II, el primer domingo de Cuaresma, en una celebración en la basílica de San Pedro, en que pidió perdón por los pecados de la Iglesia a lo largo de la historia, mientras abrazaba a un crucifijo grande contemplando con los ojos abiertos el rostro del Señor crucificado. ¡Cuántas imágenes podemos recordar todos! Yo les invito a que en la celebración de la próxima Semana Santa se fijen en tantos y tantas orantes que nos invitan a levantar el corazón a Dios.

Mientras nuestra Semana Santa esté impregnada de este espíritu tendrá interiormente vitalidad para continuar en el surco fecundo de la historia, para resistir los obstáculos y poder así ayudar a que los visitantes conecten con la onda en que emitimos. Sería, en cambio, preocupante si los numerosos visitantes encontraran sólo unas bellísimas imágenes esculpidas hace siglos por artistas de altísima calidad, pero que ya sólo hablaran el lenguaje de la belleza; o si la Semana Santa ejerciera exclusivamente el atractivo de unas manifestaciones extrañas para unos días de vacaciones, que en la pluralidad de nuestras sociedades modernas tienen interés porque hay gustos para todos. El secreto de nuestra Semana Santa está en la síntesis vivida de generación en generación de piedad cristiana, de belleza singular y de antropología que desborda lo funcional para orientar nuestra mirada a “otro mundo”, quizá poco atendido

cotidianamente pero un mundo en que hallamos “hábitat” para nuestras aspiraciones más hondas. Visitar Valladolid merece siempre la pena, pero en Semana Santa es una oportunidad extraordinaria.

Es probablemente atinada la concatenación siguiente: La madera en manos del imaginero se hizo arte, el arte se hizo mensaje y procesión. Valladolid se hizo Viernes Santo y “el mensaje transformó Valladolid”. “La llamada popularmente “Procesión General”, además, de ser hoy la mayor muestra en imaginería de madera policromada que se puede ver en el mundo, es la base sobre la que se asienta el gran discurso de la Semana Santa vallisoletana” (J. L. Alonso Ponga y P. Panero García, *Plenilunio de Primavera en Valladolid: tiempo y espacio en la Semana Santa*, 2011, p. 28). La Procesión General del Viernes Santo, en la que ya el año 1923 desfilaron dieciséis pasos compuestos por cincuenta figuras de gran calidad, es realmente un museo en la calle, pero un museo vivo e interpelante.

c) En este contexto quiero dirigir a los cofrades una palabra de reconocimiento y otra de estímulo. Sin vosotros nuestra Semana Santa tal cual es no existiría. La vitalidad de las cofradías, el cuidado de las iglesias y de los pasos, la organización, la puesta en movimiento de las procesiones, la atención a mil aspectos que sólo en la proximidad se conocen, os lo debemos. También quiero animaros a mantener el sentido artístico y a profundizar en vuestra misión cristiana y apostólica. Lo que aparece es alentado por el espíritu. Si por hipótesis le fuera sustraída a nuestra Semana Santa su raíz cristiana, perdería identidad, atractivo e interés para los visitantes. “Sin las cofradías podríamos intentar recrear la forma de la Semana Santa, pero perdido el fondo no se puede llegar a la raíz”. Sin cofradías serían las procesiones desfiles con actores contratados e imágenes de primera magnitud (cf. J. L. Alonso Ponga y Pilar Panero García, *ib.* p. 38).

Las procesiones no son únicamente un admirable museo en las calles y las plazas sino un magno acontecimiento espiritual y cultural. Os pido que reaniméis incesantemente las actitudes de un auténtico cofrade: La fe cristiana; la piedad no se puede perder en detalles irrelevantes, ya que, aunque tiene su centro de atención en un momento de la pasión y resurrección, no debe olvidar que forma parte de una secuencia histórica y de fe en nuestro Señor Jesucristo; la conexión familiar es significativa en la transmisión de la fe; la pasión del Señor es una escuela en la que podemos aprender a ser cada día más fieles cristianos; una cofradía o hermandad nos recuerda también la dimensión social de la fe cristiana.

Con vosotros la celebración de los misterios del Señor salen del templo y van al encuentro de los hombres y mujeres en la sociedad, en el lugar de las fatigas y el descanso, de las relaciones humanas, de la existencia en sociedad. En la cercanía del Cristo sufriente aprendemos a estar cerca de los heridos por la vida. Los personajes de la pasión tienen mucho que decirnos: Unas veces nos denuncian con su traición, negación o condenación y otras suscitan en nosotros con su ejemplo la compasión, el arrepentimiento y la invocación de la misericordia.

2.- “Mirarán al que traspasaron”.

El rostro es como la acrópolis del cuerpo. Y por los ojos del rostro se muestra particularmente la personalidad. A través de los ojos aparece el corazón con su sosiego o con su ira, con su amor o con su odio, con su gozo o su tristeza. Realmente el rostro es imagen del alma, como dice el adagio latino: “Facies, animi imago”. La mirada poderosa o enfurecida la aguantomos difícilmente y tendemos a rehuirla y a escondernos. Los ojos tienen una capacidad singular de hablar. Maltratar a una persona inocente e indefensa, frente a frente, nos denuncia con sus ojos. En la tragedia griega el parricida colocó un velo para evitar la mirada de su

víctima; y a Jesús los malhechores taparon el rostro (cf. Lc. 22, 63-65). A la luz de la experiencia humana, comprendemos lo que los ojos del Señor nos dicen en su pasión y la carga humana de nuestra mirada dirigida al Señor desde la culpa y la debilidad. En la mirada se encuentran las personas en un nivel muy profundo. Mira al Señor y déjate mirar por El, querido amigo.

a) Junto a la cruz de Jesús estaba significativamente en pie su Madre María. En la dureza de la hora y en las tinieblas del monte mantenía la fidelidad del día luminoso y feliz de la anunciación. Jesús nos entrega a María como Madre y ella nos recibe como hijos en la persona del discípulo.

El relato evangélico cuenta a continuación cómo un soldado, habiendo constatado que Jesús había muerto, “le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua” (Jn. 19, 34). Y solemnemente prosigue el evangelista: <<El que vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán un hueso”; y en otro lugar la Escritura dice: “Mirarán al que traspasaron”>> (Jn. 19, 35-37). La primera cita de la Escritura se refiere a Ex. 12, 46, donde se prescribe comer el cordero pascual sin quebrarle hueso alguno.

En el segundo texto bíblico queremos fijarnos ahora con algún detenimiento: “Mirarán al que traspasaron” (cf. Zac. 12, 10). El tenor solemne del texto subraya la importancia. Es un mirar singular, un ver creyente; en el hecho histórico de abrir el costado con la lanza ve el evangelista un sentido profundo relacionado con la resurrección de Jesús. No es un mirar del curioso a distancia ni del que verifica notarialmente la crucifixión según sentenció el Procurador de Roma. En Valladolid, donde conservamos con agradecimiento y piedad el Santuario del Sagrado Corazón, meditamos muchas veces cómo la herida del costado nos remite a la profundidad del amor de Dios que reverbera en el Corazón de Jesús. En el Traspasado vemos con la mirada de la fe al Salvador. El sufrimiento y la muerte del Traspasado están en el origen de la redención y en la apertura de una fuente saludable para la humanidad entera. ¡Que la contemplación del Mesías muerto en la cruz y con su corazón abierto nos mueva al reconocimiento de nuestros pecados! Mirarán al que traspasaron, dice el Evangelio pensando en las generaciones venideras de creyentes. ¿Miramos nosotros al Crucificado y al Traspasado con fe y con esperanza de perdón? Es un momento supremo del ver, en que ponemos la fe en la mirada, en que contemplamos con inmenso respeto y gratitud al Salvador “traspasado”. En el sufrimiento redentor de Jesús, Dios mismo tiende su mano a los pecadores.

La serie de imágenes del Crucificado, en una especie de alarde espléndido de hasta siete cada cual más bella y piadosa, que participan en la Procesión General del Viernes Santo nos invitan a mirar al que atravesaron. Ayudados por la narración evangélica, leyendo los testimonios bíblicos a la luz de la fe en Jesús vencedor de la muerte y del pecado, podemos percibir su alcance.

b) Unas palabras de la Carta a los Hebreos nos invitan a tener “fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios” (Heb. 12, 2; cf. Heb. 2, 10-18; Act. 7, 55). Los cristianos en medio de las pruebas, el cansancio, las tentaciones de volverse atrás y de las persecuciones padecidas por la fe tienen ante sí “una nube ingente de testigos” que culmina en Cristo, ejemplo supremo de fidelidad hasta la muerte (cf. Heb. 5, 7-10; 10, 32-35). La constancia, sostenida por Jesús crucificado y resucitado, conduce a la glorificación.

Hace no mucho tiempo murió el Alcalde de Bilbao Iñaki Azkuna, reiteradamente elegido por los ciudadanos. El mismo comunicó en rueda de prensa que le había sido

diagnosticado un cáncer. Estando en el último tramo del camino expresó su deseo de hablar con el Obispo de Bilbao D. Mario Iñesta. En medio de la conversación le dijo, señalando a un crucifijo que había pedido le colocaran en la pared de enfrente para poder mirarlo: “Ese me da fuerza”. Así lo manifestó públicamente el Obispo en el funeral. La mirada al Señor crucificado y resucitado, manteniendo los ojos fijos en Él, transmite al creyente luz, serenidad, fuerza y esperanza, también ante el trance supremo de la vida. Es saludable mirar con fe al que traspasaron por nosotros y nos abrió una corriente de vida.

c) El significado de la crucifixión de Jesús aparece como cumplimiento de promesas y expectativas del Antiguo Testamento. “Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en Él tenga vida eterna” (Jn. 3, 14-15). El trasfondo del Evangelio es un acontecimiento narrado en el libro de los Números, 21 4-9. Como castigo por la rebelión contra Dios y contra Moisés padecieron los israelitas unas mordeduras de serpientes venenosas. Pero por orden de Dios colocó Moisés una serpiente de bronce en un estandarte como oferta de curación. “Las mordidos de serpientes quedarán sanos al mirarla” (Núm. 21, 8). A este hecho de la historia de Israel se refiere Jesús invitando a que los judíos alcen la mirada al levantado en lo alto. Jesús será elevado en la cruz y con el poder de su resurrección quienes alcen la mirada creyente hacia Él recibirán la vida eterna (cf. Jn. 3, 1).

Salomón, con las manos extendidas hacia el cielo, en la dedicación del templo pide al Señor: “Estén abiertos tus ojos a la súplica de tu siervo, a la súplica de tu pueblo de Israel para escucharlos en cuanto te imploren” (1 Re. 8, 52). El salmista también recurre a la súplica en la mirada: “Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo; abres tú la mano, y sacias de favores a todo viviente” (Sal. 144, 15-16). El Señor está cerca de los que lo invocan sinceramente. Recuerdo la fuerte impresión que me dejó la mirada suplicante de un moribundo con la que decía tanto la dependencia absoluta de los demás como el adiós a la vida que presentía ya inminente.

Cuando en medio de nosotros avance procesionalmente la imagen del Crucificado, levantemos nuestra mirada de fe para que el Señor nos cure de las mordeduras de la vida. En la vivencia cristiana de la Semana Santa, la mirada silenciosa al Crucificado es una manera muy importante de participar. Los ojos del rostro deben iluminar los ojos del corazón.

Tengo grabado en mi interior el rostro de un señor, ya anciano, de mi pueblo, levantando sus ojos y orando al Crucificado. El día de la Exaltación de la Santa Cruz, el día 14 de septiembre, celebramos la fiesta patronal, el Santísimo Cristo del Velo, porque los viernes de Cuaresma durante el canto del “Miserere” se levantaba la cortina para verle y de nuevo se bajaba. Pues bien, en la procesión por las calles se porta una imagen de Jesús crucificado, probablemente de la escuela de Gaspar Becerra. Es una escultura con un rostro impresionante; los ojos de Jesús, llorosos y sanguinolentos, miran compasivamente. En su mirada no hay asomo alguno de venganza, sino de oferta generosa e infinita de perdón. Durante la procesión, la mirada de este anciano de mi pueblo no cesa de dirigirse rezando al rostro de Jesús. Es una fiel traducción de las lecturas que han sido proclamadas anteriormente en la Eucaristía, en concreto las del libro de los Números y del Evangelio, a que termino de referirme.

d) Santa Teresa de Jesús, de cuyo nacimiento celebramos el día 28 de este mes de marzo el V centenario, dejó muchas huellas en nuestra ciudad. El convento de las Carmelitas Descalzas, situado en Rondilla de Santa Teresa, es la cuarta fundación de la Reformadora, realizada el año 1568, aunque el primer emplazamiento fue otro. Desde Valladolid salió para fundar en Palencia, por petición de D. Álvaro de Mendoza, que siendo Obispo de Ávila había apoyado la reforma teresiana. Si imaginamos el plano de una ciudad como un mosaico, entre

las telas de este mosaico que muestran el presente y recuerdan la historia de la ciudad, Teresa y sus huellas ocupan un puesto destacado. Ha sido un acierto y un signo de gratitud la Exposición “*Teresa de Jesús y Valladolid. La Santa, su convento y la Orden*” que ha tenido lugar recientemente en la Sala municipal de exposiciones de la Iglesia de las Francesas.

Teresa a los 39 años tuvo un encuentro con un “Cristo muy llagado”, que cambió su vida. El episodio tuvo lugar el año 1554. “Marca el alboreo de una nueva y larga jornada, que durará hasta la muerte” (T. Álvarez). Ella misma lo relata en el capítulo 9 del *Libro de la Vida*: “Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruínas costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, ví una imagen que habían traído allá a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle” (9, 1). De la imagen pasa Teresa al Cristo muy llagado, del Cristo representado al Cristo vivo. La visión del oratorio pasa a su oratorio interior. La imagen quedó como esculpida en su alma; la había estremecido profundamente la mirada del Cristo muy llagado.

El encuentro con Jesús fue como un nuevo comienzo en su vida y también marcó la orientación cristológica de su oración. El recuerdo del Señor en su humanidad y particularmente en su pasión la acompañaría siempre. Teresa identifica lo que ha tenido lugar en su vida con lo acontecido a la Magdalena y a San Agustín, dos testigos señeros de conversión.

En el Carmelo de Burgos se custodia una tabla de Albert Bouts que, según la Beata Ana de San Bartolomé, se asemeja a las que la Santa llevaba consigo en numerosas fundaciones para su oración personal. Se puede describir con los términos siguientes: La mirada de Jesús es tierna y compasiva, herida y suplicante. Su cabeza está coronada de espinas y con regueros de sangre que se deslizan sobre su rostro. Muestra sus manos con las llagas de los clavos abiertas a quienes le contemplan. Ante esta representación tan piadosa se comprende la exhortación reiterada de Santa Teresa: “No os pido más que le miréis”. Es una imagen de Cristo resucitado, pero al modo de Teresa “muy llagado”; las llagas no son heridas sino focos que irradian misericordia (G. Camino). Moratones en el rostro; bello rostro pero afeado por el maltrato y los golpes padecidos.

Las abundantes lágrimas, de que habla la Santa, “no son únicamente índice de la emotividad de Teresa, sino de la profundidad de su vivencia y de la intensidad de su recuerdo al escribir” (T. Álvarez). Su experiencia vital la había hecho muy amiga de imágenes; y oraba frecuentemente fijando la mirada en la representación del Señor, que le ayudaba a pasar del Cristo tallado o pintado al Cristo real. Santa Teresa nos enseña a mirar piadosamente a Jesucristo “muy llagado” también en las procesiones de nuestra Semana Santa.

Poner los ojos en Jesucristo es una invitación reiterada en los escritos de Santa Teresa (Cf. *Libro de la Vida* 13, 22). La fe en Jesús resucitado, vivo y presente en el sacramento de la Eucaristía nos mueve a mirarle “tan fatigado y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creído de los Apóstoles”. Y pasando de la narración y exhortación a la oración en diálogo con Jesús escribe: “No me ha venido trabajo que, mirándoos a Vos cuál estuvisteis delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: él ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero” (*Vida*, 22, 26). “Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro,

que deja impreso lo que se ha de leer y hacer, de manera que no se puede olvidar! ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones que no las abraza y las ame y desee?" (Vida 26, 5). Teresa de Jesús es maestra de oración, también a través de la mirada creyente a las representaciones de Jesús, niño en Belén y varón de dolores en la Pasión.

e) He tenido en varias ocasiones una experiencia semejante aunque en diversos lugares. A medida que avanzaba en el recinto del Santuario de Lourdes hacia la gruta de Massabielle he sentido una especie de atracción, hacia la contemplación de la imagen de la Virgen entre las rocas; como retenido por una especie de imán uno se detiene, mira y ora; y cuesta desprenderse del lugar y salir. La Madre crea un ámbito de silencio, de acogida, de recogimiento, de respeto y de oración, que cobija pacíficamente. Ella nos mira y nosotros la miramos.

Y una experiencia semejante he sentido ante la imagen de Gregorio Fernández que representa a Jesús atado a la columna en la iglesia de la Vera Cruz de nuestra ciudad. Se establece un cruce de miradas entre el Señor y quien se acerca a El y lo contempla. Parece que Jesús nos mira pidiendo compasión y ofreciendo perdón; y nosotros le miramos solicitando misericordia y aprendiendo a dejarnos mirar y a mirar con su misma mirada. Nos mira y le miramos, sin prisas, sin palabras, sin detenernos en la talla magnífica sino adentrándonos hasta el corazón del Señor. El rostro de Jesús, con sus ojos suplicantes, la boca entreabierta y los labios hinchados y resecaos posee un patetismo conmovedor. La contemplación se hace oración sin grandes esfuerzos; sencillamente poniendo la fe en la mirada.

M. E. Gómez Moreno dijo de Gregorio Fernández: <<"Hace escultura como quien hace oración". Sin duda esta obra sería la expresión y medida de su bondad y de su sentido religioso. A este respecto existe una voz popular según la cual este Cristo habría hablado al artista antes de salir del taller: "¿dónde me miraste que tan bien me retrataste?". Fernández respondió: "Señor, en mi corazón">> (*Cofradía Penitencial de la Santa Vera Cruz, Guía* p. 17). El *Ecce Homo* también de Gregorio Fernández es otra escultura impresionante, que se conserva en la misma iglesia de la Vera Cruz. Se necesita buscar la altura adecuada para contemplarla. El rostro inspira una emoción profunda. La talla del artista ha eternizado el momento en que Pilato, -después de mandar azotar a Jesús, y de que los soldados hubieran trenzado una corona de espinas y se la hubieran colocado en la cabeza, de haberle vestido un manto de púrpura y haberse mofado de El como rey de los judíos-, confiando el Procurador mover a compasión al pueblo enfurecido, se lo presenta con estas palabras: "He aquí al hombre" (*Ecce Homo*) (Jn. 19, 5).

La primera traducción litúrgica postconciliar "Aquí lo tenéis" había molestado a bastantes porque sustituía a la versión tradicional española, que había proporcionado el título a obras artísticas, y que probablemente aludía a Is. 53 como varón de dolores y despreciado de los hombres. De nuevo se ha recuperado "he aquí el hombre" en la traducción oficial de la Conferencia Episcopal Española, de donde son tomados los textos litúrgicos. En ocasiones se ha especulado relacionando la búsqueda del hombre por las calles de Atenas con la respuesta en el "ecce homo", que es Jesucristo.

El rostro de Jesús es de una belleza, serenidad y bondad inigualables. Mira como fatigado y sin resentimiento por las afrentas que ha recibido (cf. Is. 53, 3-8). Permitidme que ante esta admirable imagen recite las palabras de A. Taulé inspiradas en un autor del siglo XIII, Arnulfo von Löwen, a que puso música Hans Leo Hassler 1601:

"Oh, rostro ensangrentado
de Cristo, el Señor.

Cabeza circundada
de afrenta de dolor.
Contritos contemplamos
tu pena y tu aflicción.
Acoge nuestro llanto,
oh Cristo Salvador”.

Tú pagas por las culpas
del hombre pecador.
Clavado en el madero,
nos das la salvación.
Tu sangre nos redime,
tu amor nos da el perdón.
Acoge nuestro llanto,
Oh, Cristo Salvador”.

“Extiende por el mundo
tu reino de bondad.
Las puertas del abismo
no prevalecerán.
Seamos los creyentes
testigos de tu amor.
Acoge nuestro llanto,
oh, Cristo Salvador”.

Este himno, entre contemplativo y hondamente piadoso, forma parte de nuestro Cantoral litúrgico. Con estas bellas palabras, con que han rezado y cantado generaciones de cristianos no sólo en Alemania, nos dirigimos nosotros a Jesús coronado de espinas y clavado en la cruz.

f) La narración evangélica de Lucas sobre la mirada de Jesús a Pedro abunda en lo que venimos diciendo. Jesús mira a Pedro y Pedro mira a Jesús. Inmediatamente después de negar por tercera vez Pedro a Jesús, <<el Señor, volviéndose, miró a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: “Antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces”. Y, saliendo afuera, lloró amargamente>> (Lc. 22, 61-62). No fue una mirada de venganza sino de compasión. Jesús sabe lo que hay en el corazón del hombre, y por ello ante la seguridad de que alardeaba Pedro, Jesús le previno, y ahora sin rencor le reconviene. La Exposición de las Edades del Hombre en Zamora el año 2001 mostró una preciosísima y humanísima representación de Pedro y Jesús mirándose. Es obra de Sebastián Ducete del Moral (hacia 1610) y se conserva en una iglesia de Toro (Zamora). Yo no conozco una exégesis del pasaje evangélico más acertada que ese relieve. Pedro postrado dirige a Jesús una mirada suplicante y Jesús le contempla benignamente. De nuevo en este momento de la pasión el lenguaje de la mirada es sumamente elocuente. Los ojos de Pedro ya no son altaneros sino humildes; y la mirada de Jesús comprende la fragilidad y perdona ofreciendo nuevamente amistad al discípulo que cobardemente terminaba de distanciarse del Maestro.

D. José Jiménez Lozano en su reciente libro *Abram y su gente* (Madrid 2014) escribe: “El detenido, maniatado, cruzó cerca del grupo muy despacio, a poca distancia de la hoguera y precisamente por donde estaba Pedro, y su amigo Jesús, el detenido, alzó los ojos y le miró. Pedro sostuvo la mirada casi todo el tiempo, aunque, antes de dejarle de mirar Jesús, bajó la cabeza y así se estuvo”. Pedro, continúa escribiendo nuestro admirado paisano, tuvo que

hacer mucho esfuerzo para echar a andar y salir fuera del palacio. No dio muchos pasos más allá de la puerta; y allí contra la pared, por la parte de fuera, ya no pudo soportar el llanto; apoyado sobre la pared “siguió llorando abierta y amargamente” (p. 150). Así recreó imaginativa y literariamente la escena Jiménez Lozano.

Con las siguientes palabras comenta el añorado J.L. Martín Descalzo el encuentro entre Jesús y Pedro a través de las miradas. Cuando el gallo cantó por segunda vez, “fue para Pedro como un relámpago que iluminara hasta las entretelas de su alma. Y, en un segundo, midió la hondura de su traición. Pero no tuvo mucho tiempo para pensar. Justamente en aquel momento, Jesús, maniatado, golpeado por quienes le conducían, pasaba delante de él. Y volviéndose, el Señor miró a Pedro (Lc. 22, 61). No debió de ser una mirada de reproche, sino de infinita compasión. Pero Pedro se sintió sobrecogido. Cuando quiso devolver esa mirada, Jesús ya se había alejado, entre empellones. Y Pedro sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas” (J.L. Martín Descalzo, *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, Salamanca, 7ª ed. 1988, p. 1048). Pedro hubiera preferido todas las acusaciones de Jesús a aquella mirada mansa, dolorida, la mirada de alguien que se sentía infinitamente solo. Aquella mirada de Jesús dijo a Pedro mucho más que todos los posibles discursos (cf. ib. p. 1050).

g) En nuestra Semana Santa el Cristo muerto, el Cristo yacente, es un paso impresionante. Realmente Jesús ha muerto, ha caído en manos de la muerte, ha descendido al abismo, a la región de los muertos. La sepultura es el sello de su muerte. Los ojos de Jesús, antes abiertos pidiendo compasión y ofreciendo misericordia, están cerrados; la oscuridad y el silencio, la soledad y la ausencia, el sentido de la gravedad de lo acontecido en la Calvario y los lamentos con golpes de pecho (cf. Lc. 23, 47-48) apesadumbran la caída de la noche del Viernes Santo. El llanto de la Virgen con su Hijo muerto en los brazos rompe el corazón de la Madre; pero al mismo tiempo en medio de las tinieblas la confianza en las palabras de Jesús abren al Misterio insondable de Dios. En el Oficio de Tinieblas anterior a la reforma litúrgica la vela última del tenebrario no se apagaba para significar que María “esperó cuando todos vacilaban el triunfo de Jesús sobre la muerte”. Desde el abismo se levanta la luz que alumbraba el mundo. A todos se nos invita a despertar para ser iluminados (cf. Ef. 5, 14).

María y Jesús, la Madre y el Hijo, han estado siempre entrañablemente unidos; en Belén y en el Calvario, junto al pesebre y junto a la cruz; cuando el llanto y la sonrisa eran su lenguaje de niño, y cuando colgado en la cruz entre el cielo y la tierra oraba al Padre con gritos y lágrimas (cf. Hb. 5, 7), ofrecía el perdón al malhechor crucificado con El y pedía al Padre que perdonara a quienes lo insultaban entre sarcasmos y risotadas. Sin madre no hay alumbramiento en Belén del Salvador como Luz del mundo; ni nuevo alumbramiento de los discípulos junto a la cruz (cf. Lc. 2, 8-20; Jn. 8, 12; 19, 25-27). María es como el puente a través del cual vino el Hijo de Dios hasta nosotros ya que el sí de María abrió al Redentor las puertas del mundo. Y junto a la cruz la fidelidad al consentimiento de la anunciación se une a la obediencia de Jesús que pone su espíritu en manos del Padre. Entre atroces sufrimientos Hijo y Madre, nuevo Adán y nueva Eva, dan a luz a una multitud incontable de hijos, representados en Juan el discípulo amado (cf. Jn. 19, 26-27; Lc. 23, 33-46).

María y su Hijo Jesús están estrechamente unidos desde el seno materno y Belén, desde el Calvario y la resurrección; y también los encontramos íntimamente unidos en nuestra Semana Santa.

Concluimos este Pregón de la Semana Santa, que es un escuela en la contemplación creyente de Jesucristo guiados por unas imágenes nacidas de la fe y mensajeros de la fe. En el encuentro de la mirada del Señor y de nuestra mirada debemos aprender a mirar compasivamente a los que están en situación de indigencia, son descartados, viven

desamparados y excluidos. La mirada misericordiosa contagia misericordia; y la auténtica misericordia del corazón acerca a las personas heridas y les da la mano. Todo encuentro con Dios nos remite a los hermanos; la conversión pastoral, de que habla el Papa Francisco, está incluida en la conversión a Dios amigo de los hombres, defensor de los pobres, refugio de los débiles, perdón de los pecadores.

Las imágenes en las procesiones de la Semana Santa salen de los templos a las calles; nosotros salimos también de los ámbitos religiosos a la ciudad al encuentro con los demás. En la salida procesional se significa también una salida de la privacidad a la publicidad, de la invisibilidad a la manifestación, del santuario de la conciencia a la testificación de Jesucristo, a quien acompañamos en su itinerario de pasión y de resurrección. La fe, lo sabemos, no se impone a la libertad de nadie; pero se propone con valentía. El Evangelio es en sí Buena Noticia, que llega al corazón alegrándolo, y deseamos que la dicha de reconocer a Dios otorgue a todos sentido luminoso en la vida. Es una oferta preciosa de humanización, de fraternización y de horizonte de esperanza. “Tú eres el rey de la paz, de ti recibe su luz el porvenir” (Himno litúrgico de Navidad).

Pregón Semana Santa 2015
Mons. Ricardo Blázquez
Cardenal-Arzbispo de Valladolid